

"Historia de un Caracol que descubrió la importancia de la lentitud"



Los caracoles que habitan el País de los Dientes de León llevan una vida apacible, calma y silenciosa, a salvo de animales salvajes y otros peligros. Entre ellos se llaman simplemente «caracoles». Hasta que uno de ellos considera injusto no tener nombre, y descubrirá por qué son tan lentos. A pesar de los consejos de todos, el caracol inconformista emprende un viaje en el que conocerá a un melancólico búho, una sabia tortuga y unas hormigas muy organizadas. En su aventura, con situaciones en las que estará en juego la vida de sus camaradas, el caracol Rebelde no sólo encontrará respuesta a sus preguntas, sino que averiguará la importancia de la memoria y la verdadera naturaleza del valor.

Índice

Sobre esta historia.....	1
Uno :.....	1
Dos :.....	2
Tres :.....	3
Cuatro :.....	3

Sobre esta historia....



Hace algunos años y mientras estábamos en el jardín de nuestra casa, mi nieto Daniel observaba atentamente un caracol. De pronto, dirigió su mirada hacia mí y me hizo una pregunta muy difícil de responder: ¿por qué es tan lento el caracol?

Le dije que no tenía una respuesta en ese momento, y le prometí que le contestaría, no sabía cuándo, pero lo haría.

Como me precio de cumplir con la palabra empeñada, esta historia intenta responder a esa pregunta.

Y, naturalmente, está dedicada a mis nietos Daniel, Gabriel y Samuel, a mis nietas Camila, Aurora y Valentina, y a los lentos caracoles del jardín.

Uno :



En un prado cerca o a tu casa o a la mía, vivía una colonia de caracoles muy seguros de estar en el mejor lugar que pueda imaginarse. Ninguno de ellos había viajado hasta los lindes del prado, y mucho menos hasta la carretera de asfalto que empezaba justo donde crecían las últimas briznas de hierba. Y como no habían viajado, no podían comparar y, así, ignoraban que para las ardillas el mejor lugar estaba en la parte más alta de las hayas, o que para las abejas no había lugar más placentero que los panales de madera alineados en el otro extremo del prado. Los caracoles no podían comparar y no les importaba, pues para ellos aquel prado, en el que alimentadas por las lluvias crecían en abundancia las plantas de diente de león, era el mejor lugar para vivir.

Cuando llegaban los primeros días de la primavera y el sol dejaba sentir levemente su tibia caricia, los caracoles despertaban del letargo invernal; un leve esfuerzo muscular les permitía levantar la concha el espacio suficiente para sacar la cabeza, y enseguida estiraban los cuernos que sostienen sus ojos. Entonces descubrían con alegría que el prado estaba cubierto de hierbas, de pequeñas flores silvestres y, por encima de todo, del sabroso diente de león.

Algunos caracoles, los más viejos, llamaban al prado País del Diente de León, y consideraban su Hogar a la frondosa planta de acanto que cada primavera surgía con renovado vigor entre los restos de sus hojas castigadas por la escarcha invernal. Bajo esas hojas pasaban gran parte del tiempo, ocultos a la ávida mirada de los pájaros.

Entre ellos se llamaban los unos a los otros simplemente con la palabra caracol, y esto ocasionaba a veces algunas confusiones, que eran superadas con lenta parsimonia. Sucedió, por ejemplo, que uno del grupo deseaba hablar con otro, entonces susurraba: «Caracol, quiero contarte algo», y eso bastaba para que los demás girasen sus cabezas. Los que estaban a su lado derecho giraban la cabeza a la izquierda; los de la izquierda, a la derecha; los que estaban delante, hacia atrás, y los de atrás estiraban sus cabecitas susurrando: «¿Es a mí a quien quieres contar algo?».

Cuando esto ocurría, el caracol que deseaba contarle algo a otro se desplazaba despacio, primero a la izquierda, luego a la derecha, enseguida hacia delante o hacia atrás, repitiendo: «Lo siento, no es contigo con quien quiero hablar», hasta que llegaba junto al caracol al que, en efecto, deseaba contarle algo, generalmente algún suceso relacionado con la vida en el prado.

Sabían que eran lentos y silenciosos, muy lentos y muy silenciosos, y también sabían que esa lentitud y ese silencio los hacían vulnerables, mucho más vulnerables que otros animales capaces de moverse con rapidez y de dar voces de alarma. Para no tener miedo a causa de su lentitud y de su poca capacidad para hacer ruido, preferían no hablar de eso, y aceptaban ser como eran con lenta y silenciosa resignación.

- La ardilla chilla y salta rauda de rama en rama, el jilguero y la urraca vuelan veloces, uno canta y la otra grazna, el gato y el perro corren deprisa, uno maúlla y el otro ladra, pero nosotros somos lentos y silenciosos, así es la vida y no hay nada que hacer - solían susurrar los más veteranos.

Pero entre ellos había un caracol que, sin embargo, aun aceptando una vida lenta, muy lenta y entre susurros, deseaba conocer los motivos de aquella lentitud.

Dos :



El caracol que deseaba conocer los motivos de por qué era tan lento tampoco tenía un nombre, y eso le causaba una gran preocupación. Le parecía injusto no tener un nombre, y cuando alguno de los caracoles mayores le preguntaba por qué quería tener un nombre, también sin alzar la voz respondía:

- Porque el acanto se llama así, acanto, y eso hace que, por ejemplo, cuando llueve, digamos que nos vamos a refugiar bajo las hojas de acanto. También el sabroso diente de león se llama así, diente de león, y por eso cuando decimos que vamos a comer unas hojas de diente de león, no nos equivocamos y comemos ortigas.

Pero los argumentos del caracol que deseaba conocer los motivos de la lentitud no despertaban el mínimo interés en los demás caracoles. Entre ellos murmuraban que las cosas estaban bien así, y que bastaba con saber el nombre del acanto, del diente de león, de la ardilla, de la urraca y del prado al que llamaban País del Diente de León. No necesitaban nada más para ser felices como lo que eran, caracoles lentos y silenciosos, empeñados en conservar la humedad de sus cuerpos y en engordar para soportar el largo invierno.

Un día, el caracol que deseaba conocer los motivos de la lentitud escuchó lo que dos caracoles mayores estaban susurrando. Hablaban del búho que vivía entre el follaje del haya más vetusta y alta de las tres que se alzaban a un costado del prado. Comentaban que sabía muchas cosas, y que en las noches de luna llena, sin importarle si le escuchaban o no, cantaba una letanía que hablaba de muchos árboles, de árboles con nombres como nogal, castaño, encina y roble, que los caracoles nunca habían visto ni se podían imaginar.

Decidió preguntar al búho los motivos de la lentitud y, poco a poco, muy poco a poco, se dirigió hasta la más vetusta de las hayas. Salió del amparo de las hojas del acanto cuando el rocío hacía resplandecer el prado reflejando la primera luz matinal, y llegó hasta el haya cuando las sombras se extendían como un manto de silencio.

- Búho, quiero hacerte una pregunta - susurró estirando su cuerpo hacia lo alto.

- ¿Quién eres? ¿Dónde estás? - quiso saber el búho.

- Soy un caracol y estoy al pie del tronco - contestó el caracol.

- Será mejor que subas hasta mi rama, tu voz es tan débil como el ruido de la hierba al crecer. Sube - le invitó el búho, y el caracol empezó otro viaje lento, muy lento.

Trepó hasta lo alto del haya, iluminado nada más que por los débiles destellos de las estrellas que se colaban entre el follaje, pasó junto a una ardilla que dormía abrazada a sus crías, más arriba esquivó el laborioso trabajo de una araña que tejía su red entre las ramas, y cuando, fatigado por la subida, llegó hasta la rama del búho, la luz del nuevo día devolvía al haya todos sus tonos y colores.

- Aquí estoy - susurró el caracol.

- Lo sé - contestó el búho.

- ¿No abres los ojos para verme? - volvió a susurrar el caracol.

- Los abro por la noche y veo todo lo que hay, durante el día los cierro y así veo todo lo que hubo. ¿Cuál es tu pregunta? - inquirió el búho.

- Quiero saber por qué soy tan lento - susurró el caracol.

El búho abrió entonces sus enormes ojos redondos y observó atentamente al caracol. Luego los cerró de nuevo.

- Eres lento porque cargas con un gran peso - indicó el búho.

Al caracol no le pareció convincente esa respuesta, no consideraba que su concha fuera pesada, no le producía fatiga cargar con ella y jamás había oído que otro caracol se quejara de ese peso. Así se lo dijo al búho y esperó a que éste terminara de mover la cabeza a uno y otro lado.

- Yo puedo volar y no lo hago. Antes, mucho antes de que vosotros los caracoles habitarais en el prado, había muchos más árboles de los que se ven ahora. Había hayas y castaños, encinas, nogales y robles. Todos esos árboles eran mi hogar, volaba de rama en rama, y su recuerdo me pesa, me pesa tanto que no puedo alzar el vuelo. Tú eres un joven caracol y todo lo que has visto, todo lo que has probado, lo amargo y lo dulce, la lluvia y el sol, el frío y la noche, todo eso va contigo, pesa, y como eres tan pequeño, ese peso te hace lento.

- ¿Y de qué me sirve ser tan lento? - susurró el caracol.

- No tengo respuesta para eso. Deberás encontrarla tú mismo - dijo el búho. Y con su silencio dio a entender que no quería más preguntas.

Tres :



Luego de su entrevista con el búho, el caracol que deseaba conocer los motivos de la lentitud regresó despacio, muy despacio, hasta la planta de acanto y allí se encontró con los otros caracoles entregados a lo que llamaban «la costumbre».

En cierta ocasión, aunque ninguno recordaba con precisión cuándo había ocurrido, el viento llevó hasta el prado unas hojas de colores de formas regulares y de bordes tan lisos como jamás habían visto entre los árboles y las plantas que conocían. Esas hojas planearon y danzaron con ligereza en el aire hasta que finalmente aterrizaron sobre la hierba húmeda. En ellas había unos extraños signos negros y unos seres humanos tan quietos, tan pequeños y ajenos al peligro que representaban para los habitantes del prado, que todos los caracoles se asombraron.

Lentamente, muy lentamente, recorrieron aquellas hojas examinando con atención a los seres humanos inmóviles que formaban una fila frente a una gran superficie llena de alimentos al parecer muy sabrosos, pues al final de las hojas se les veía alegres y portando comida entre las manos.

- Alguien, aunque no recuerdo quién, me dijo que los humanos dedican sus vidas a repetir cosas, movimientos y conductas que ellos llaman costumbres -señaló un caracol viejo.

-No me parece mal la costumbre de comer- opinó otro caracol, y los demás movieron sus cuernecitos indicando que estaban de acuerdo, esa costumbre de comer en grupo les parecía estupenda.

A partir de ese día abandonaron el hábito de comer solos y a cualquier hora, impelidos nada más que por el hambre, y decidieron hacerlo juntos y al ocaso, reunidos bajo las gruesas hojas del acanto. Para hacer más grata la costumbre, se turnaban entre los que hacían las preguntas susurrando, y los que, también entre susurros, daban las respuestas.

-¿Qué tenemos para comer?- preguntaba uno.

- Diente de león. Sabrosas hojas de diente de león- respondía otro.

- Quisiera comer algo muy sabroso- decía uno.

- Te recomiendo el diente de león- contestaba otro.

Gracias a «la costumbre», cada tarde se juntaban los caracoles bajo las hojas del acanto a comer hojitas de diente de león, y mientras se afanaban en ello hablaban muy bajito acerca del infatigable trabajo de las hormigas, de la altanería de las langostas que cruzaban el prado a largos saltos sin detenerse a saludar a ninguno, y también de los peligros que los acechaban. Temían sobre todo a las orugas, capaces de vencer la fuerza con que se aferraban a las hojas del acanto, y a los más escarabajos, cuyas poderosas mandíbulas podían romper sus conchas. Pero a los que temían eran a los seres humanos. Cuando un caracol susurraba «¡Plash!», y otro, y otro más, y todos repetían el susurro de alarma, sabían que, por culpa de esa manera descuidada de moverse que tenían los humanos, posando sus grandes y pesados pies en cualquier parte, muchos de ellos no llegarían a la placentera costumbre del ocaso.

El caracol que deseaba conocer los motivos de la lentitud participaba cada tarde de la costumbre de comer y comentar los hechos del día bajo el acanto, y no cesaba de hacer preguntas acerca del porqué de la lentitud, y de por qué no tenían nombres.

-Vamos a ver-le respondió una tarde un caracol de los más viejos y que ya estaba bastante cansado de sus preguntas-, somos lentos porque no sabemos dar los saltos de la langosta ni volar como las mariposas. Y en cuanto a lo de tener nombres, debes saber que sólo los humanos son capaces de darles un nombre a las cosas y a los seres del prado. Basta ya de preguntas insensatas. Si insistes, te expulsaremos del prado.

Al caracol que deseaba conocer los motivos de la lentitud y quería tener un nombre le dolió esa amenaza. Y también le dolió que ninguno de los otros caracoles lo apoyara o lo defendiera. Y más todavía le dolió que algunos murmuraran: «Sí, sí, que se vaya, queremos vivir tranquilos».

Entonces estiró su cuello todo lo que pudo, movió los cuernecitos hasta mirarlos a todos uno a uno y, elevando el tono de su voz todo lo que le permitía su diminuta boca, dijo:

-Pues me iré, y regresaré solamente cuando sepa por qué somos tan lentos, y cuando tenga un nombre.

Cuatro :



Sin dejar de comer, los demás caracoles vieron cómo el caracol que deseaba conocer los motivos de la lentitud y además quería tener un nombre se alejaba poco a poco, muy poco a poco, hasta desaparecer tras las hierbas más altas del prado.

Cuando el ocaso dio paso a la oscuridad, y las briznas de las hierbas y las plantas humedecidas por el rocío reflejaban el brillo de las estrellas, decidió buscar un lugar seguro para pasar la noche, alguna superficie lisa donde pegar su cuerpo y encerrarse enseguida en el interior de su concha. Lentamente, muy lentamente, avanzó primero hacia un costado, y como no encontró más que hierbas, cambió de dirección, hasta que sus diminutos ojos vieron una piedra no muy alta, que le pareció un refugio estupendo. Trepó muy poco a poco y, al llegar a la cima, escogió el lugar más liso. A continuación estiró los músculos, cubrió un espacio similar al que ocupaba la entrada de la concha, y luego los contrajo. Con un par de movimientos comprobó que estaba bien adherido a la piedra y se dispuso a dormir.

En el interior de la concha la oscuridad era total. Su cuello, su cabeza, los cuernecitos y sus ojos formaban un cuerpo compacto y acomodado a la forma de la cavidad, pero sus pensamientos no le permitían conciliar el sueño.

Pensaba que tal vez había cometido un error al abandonar el grupo y la seguridad de la planta de acanto, pero, al mismo tiempo, algo, una voz que no era la suya, le repetía que la lentitud debía de tener alguna explicación, y que tener un nombre que sólo fuera de él, nada más que de él, un nombre que lo hiciera único e inconfundible, debía de ser formidable.

Estaba pensando en eso cuando sintió que la piedra se movía, de manera casi imperceptible, pero se movía. De otros caracoles más viejos había oído las terribles historias de un animal llamado erizo, que tenía el cuerpo cubierto de agujones y era capaz de darles la vuelta a piedras muy pesadas cuando andaba en busca de alimento.

La piedra se movió una vez más, y entonces oyó una voz que sonaba cansada, muy cansada.

- ¿Quién... se ha... subido... encima...?

También de los caracoles más viejos había oído que el viento al pasar entre los juncos sonaba como una voz aterradora, pero la voz que venía de abajo no lo asustaba.

- ¿Eres una piedra que habla?- susurró.
- ¿Una piedra... que habla? Si me ves... así..., no me importa..., no es... ofensivo..... y tú..., ¿quién... eres?
- Soy un caracol y me he pegado a ti para pasar la noche. ¿Me dejas?
- Un... caracol..., sí..., puedes... quedarte..., caracol... Tú y yo... nos parecemos...

Tras decir esto, la piedra se movió bu cando acomodo sobre la hierba, y el caracol se preguntó qué quería decir con eso de parecerse.

- ¿Por qué hablas de esa manera ta lenta? ¿Eres como yo, un ser lento?
- Hablo... así..., lentamente..., porque. tengo... tiempo..., mucho tiempo... Que duermas... bien..., caracol...

El caracol le hizo varias preguntas que no encontraron respuesta y se durmió confiado. Hasta la lisa superficie a la que se había pegado llegaba el leve sonido de un respiración plácida, la satisfacción de un ser que dormía al amparo de las estrellas.

Se despertó al sentir que la piedra, aquel ser lento, se movía. Distendió los músculos despacio, muy despacio, asomo la cabeza, estiró los cuernecitos para echar una ojeada, y vio que estaba sobre una superficie muy bella, casi tan bella como el manto de musgo con que solían cubrirse las piedras en la parte más húmeda del prado.

- Tú decides..., caracol... O bajas..., o te llevo... -dijo la voz cansada.

Lenta, muy lentamente, bajó hasta posar su cuerpo sobre las hierbas, y entonces descubrió que no había pasado la noche aferrado a una piedra parlante, sino sobre un ser provisto también de un duro caparazón bajo el cual asomaban cuatro patas muy robustas, un cuello lleno de pliegues, una boca en forma de pico que no intimidaba y unos ojos entrecerrados que lo observaron con atención.

- Soy... una... tortuga...- exclamó al comprobar que el caracol estiraba el cuello para mirarla.

El caracol nunca había visto a un animal que, con semejante envergadura, no causara espanto, y así se lo dijo. La tortuga acercó la cabeza para oír mejor su vocécita, y le contó que todavía le faltaba mucho por crecer. Con su lenta y parsimoniosa manera de hablar, como si buscara las palabras más precisas en un esfuerzo que la fatigaba, le refirió que también había sido un ser pequeño y temeroso, y que estaba emparentada con los grandes galápagos de vidas tan longevas que precisaban de cuerpos enormes para conservar el recuerdo de todo lo que habían visto, oído, temido, amado, de los motivos de la ira y de la alegría, del porqué del calor y del frío, del aterrador fuego y de la refrescante agua.

La tortuga empezó a avanzar, y a cada paso que daba, aunque se movía lentamente, muy lentamente, obligaba al caracol a un esfuerzo enorme para mantenerse a su lado. Al cabo de poco tiempo se sintió extenuado y le pidió permiso para volver a subir a su caparazón.

- No puedo seguir tu ritmo, para mí eres muy veloz- indicó el caracol.

- ¿Yo... veloz?... Es la... primera... vez... que... me lo... dicen... Sí, caracol..., sube -contestó la tortuga.

Una vez arriba y acomodado tras la cabeza de la tortuga, el caracol le preguntó hacia dónde iba, y la tortuga le respondió que ésa no era la pregunta más adecuada, y que en realidad debía preguntarle de dónde venía. Así, mientras la tortuga avanzaba y el caracol sentía que las hierbas del prado se sucedían con una rapidez para él desconocida, ésta le narró que venía del olvido de los seres humanos.

- No sé qué es el olvido, y tampoco conozco a los seres humanos- susurró el caracol.

Entonces la tortuga aminoró la marcha y habló de su llegada feliz a una casa en la que no faltaban hojas frescas de lechuga, jugosa pulpa de tomate y almíbar de fresas. Unas crías de humano la atendían, la mimaban, y hasta le tenían preparado un confortable lecho de paja en un extremo del jardín. Durante los días de sol ardiente, aquel jardín era su mundo, y cuando la fría lluvia acortaba primero los días, y más tarde la nieve convertía el patio en una inhóspita superficie gélida, las crías de humano la metían en la casa y la dejaban dormir en un rincón tibio y acogedor.

- No se puede decir que lo pasaras mal- opinó el caracol.

- No... me... quejo..., pero... los humanos... crecen... y olvidan... -suspiró la tortuga, y le refirió cómo, con el paso del tiempo y a medida que las crías de humano se convertían en jóvenes y en adultos, las atenciones fueron cada vez menores, la comida más escasa, hasta que la consideraron una molesta presencia de la que había que deshacerse y la abandonaron en el prado.

El caracol se entristeció con la narración de la tortuga, y se puso más triste aún cuando, siempre buscando lentamente entre las muchas palabras que conocía, la tortuga le dijo que cruzaba ese prado, entre seres extraños a veces amables y a veces hostiles, lejos para siempre del que fuera su hogar, rumbo a un lugar incierto que tenía por nombre la más cruel de las palabras. Se llamaba exilio.

- ¿Te puedo acompañar? —susurró el caracol.

- Dime... primero... qué buscas...- contestó la tortuga, y el caracol le contó que deseaba conocer los motivos de su lentitud, que también quería tener un nombre, pues el agua que cae del cielo se llama lluvia, los frutos de la hiedra espinosa se llaman moras y el aroma que escapa de los panales se llama miel. Y le contó también que su pregunta y su deseo habían enojado a los otros caracoles, y que les había enojado tanto que habían amenazado con expulsarlo del prado, así que él tomó la determinación de marcharse y no regresar hasta tener una respuesta y un nombre.

Antes de contestar, la tortuga buscó con más calma de la acostumbrada las palabras adecuadas, y le contó que mientras convivió con los seres humanos había aprendido muchas cosas. Así, le contó que cuando un humano hacía preguntas

incómodas, del tenor: «¿Es necesario ir tan rápido?», o «¿De verdad necesitamos tanto para ser felices?», lo llamaban rebelde.

- Rebelde, ¿me gusta ese nombre! -susurró el caracol.- ¿Te pusieron los humanos un nombre?

- Sí..., como... nunca... olvidaba... el camino... de ida... y tampoco el... de vuelta... me llamaron... Memoria..., pero... se olvidaron de mí.

- Entonces, Memoria, ¿seguimos juntos?- preguntó el caracol.

- De... acuerdo..., Rebelde...- contestó la tortuga, y girando su cuerpo lenta, muy lentamente, le indicó que volverían sobre sus pasos, pues quería mostrarle algo importante. Algo que le haría entender que iban por el mismo camino desde antes de conocerse.